

CAPÍTULO UNO

Todo comenzó un día de mayo del año 2012. María se levantó a su hora para ir a trabajar, sobre las 6 de la mañana. Era sábado, de eso estoy seguro. Entró corriendo en el servicio y yo, mientras, en la cama, estaba aún medio dormido. La conversación fue así:

- ¡Mierda! ¿Alberto? Tengo algo que contarte...
- ¿Sí...?
- Creo que estoy embarazada...
- ¿Seguro?
- Completamente.

Algo me sacudió el cuerpo de repente. Cuando te dan esa noticia, la primera vez que la oyes, es como si sufrieses una descarga eléctrica. Todo el mundo dice (o al menos es lo que yo había oído hasta entonces) que sientes una gran alegría, pero yo me puse eufórico, contentísimo desde ese mismo instante. Es como si te diesen un certificado de fecundidad. ¡Funciono bien! ¡Soy fértil! Pero, al mismo tiempo, ya sientes algo de responsabilidad, algo de acojone. ¡Voy a ser padre! Por supuesto, de lo que ya estás preocupado en ese instante es por tu pareja, porque la verdad es que puede tener diversas reacciones a la propia noticia que te acaba de dar.

El caso es que, ese día, ella se fue muy preocupada a trabajar, mientras que yo estaba dando saltos de alegría, en la sala, en la cocina, por toda la casa, igual que si me hubiese tocado la lotería.

Convivir cuando tu pareja está embarazada está lleno de altibajos, es truculento. Es inevitable. E imposible el negarlo. Convivir cuando no está segura aún de querer estar embarazada, lo es más. Imagino que esto sería debido a que los cambios hormonales son constantes, de ahí las reacciones impredecibles.

En aquellos momentos, pensamos incluso en abortar. Sí, abortar. No por nada en concreto, pero es difícil pensar en dar un futuro a un hijo si no se está seguro de ser padre o madre.

Algo acojonados, compramos de inmediato uno de esos test de embarazo que marcan el número de semanas de gestación. Necesitábamos saberlo, teníamos esa curiosidad. Y nos llevamos la sorpresa de que, al hacer el test, indicaba más de 5 semanas de gestación. ¡Cinco semanas! Es sorprendente el cuerpo de las mujeres. Algunas, desde el principio del embarazo dicen que tienen todo tipo de síntomas asociados, o al menos sienten algunos de manera más o menos fuerte. Otras no los sienten de la misma forma, o no sienten prácticamente nada.

No nos costó mucho el rechazar la idea del aborto. Después de pensarlo tan solo un día, lo descartamos. En primer lugar, el momento para ser padres nos parecía el adecuado, y teníamos ganas de serlo. Y segundo, teníamos todo lo necesario para tener el bebé. Estábamos sanos, teníamos un trabajo, un plan de futuro juntos. Así que rápidamente desechamos la idea. Decidimos continuar con el embarazo, pero no diríamos nada a la familia hasta llegar a España.

María y yo llegamos a Oslo en el 2011. Yo llegué en julio. Concretamente el día 27 de julio, tan solo 5 días después de la masacre que cometió Anders Behring Breivik en la ciudad. Vine a Noruega por motivos profesionales, soy ingeniero.

Recuerdo el día de mi llegada como si fuese hoy. Imposible olvidarlo. Habían pasado muy pocos días desde el atentado, y aún había restos de cristales por todas partes en aquellas calles, mezclados con rosas que la gente había dejado en las aceras. Mi residencia estaba a tan solo 200 metros del lugar donde el terrorista detonó la bomba que mató a 8 personas, enfrente de las oficinas del Gobierno, justo al lado de un túnel. Cinco días hacía de aquello, y el lugar continuaba pareciendo una zona de guerra. Una fachada del edificio estaba destrozada, un montón de policías haciendo guardia, y flores y más flores en las aceras, en la carretera, al lado de las farolas. Gente llorando por las esquinas. Fue un *shock* verlo. Fue como llegar al corazón destrozado de una nación entera. Aquellos 200 metros desde mi residencia en la calle Ullevålsveien 1 hasta las oficinas del Gobierno eran terribles. Ese atentado cambiaría en parte a la sociedad noruega, pero no a Oslo en sí misma. Oslo no es en absoluto una ciudad violenta, de hecho en general es muy segura, su gente es por lo común pacífica, y pese a ser totalmente multiétnica, con los problemas que esto conlleva, no hay mucha delincuencia.

Si yo vine a Oslo por motivos de trabajo, María, sin embargo, vino por mi culpa, o como dice ella a menudo: «para no quedarme sin novio». Es enfermera. Llegó en septiembre, pero ya antes de que llegase había preparado los temas logísticos. Principalmente el alojamiento y la búsqueda de un buen curso para aprender noruego (digan lo que digan, es indispensable para muchas profesiones en el país).

Encontrar alojamiento en Oslo no es tarea fácil, y mucho menos para un «pobre» extranjero recién llegado. Las trabas que uno se puede encontrar son muchas, y el desconocimiento del mercado de la vivienda y de los procedimientos para alquilarla es la más grande de ellas. Puede ocurrir también que el casero no quiera inquilinos extranjeros, simplemente.

Otras veces ya no los quiere ni el representante de la agencia, y ya empiezan a verse cosas raras desde el primer minuto. Así pues, encontrar el piso adecuado por el precio correcto, sin dejarse una fortuna por el camino, puede convertirse en una pesadilla. El caso es que yo busqué y busqué, me harté de recibir «no» por respuesta.

Por supuesto, todo esto que estoy diciendo puede ser difícil de comprender, en España, en estos momentos, alquilar un piso es mucho más fácil, pero en Oslo es otra historia, desde luego que sí. Oslo es una ciudad que crece de una forma bestial. Por cada oferta de alquiler puede haber hasta otras cincuenta personas interesadas, el 80% de ellas jóvenes noruegos que vienen a estudiar a la ciudad. ¡Hubo momentos en que pensé que acabaría finalmente durmiendo en la calle! Al final, después de ver unos 15 pisos y de obtener 15 negativas, hastiado, fui a ver una tarde después del trabajo un apartamento cerca de Frognerparken. Era el único que estaba en la visita al apartamento ese día.

Era precioso, no muy grande, aunque eso era lo de menos. La chica de la agencia estaba de un increíble buen humor y me preguntó si lo quería alquilar realmente. Cerramos el contrato en tan solo un día. Como ocurre con muchas cosas en esta vida, además de trabajártelas, a veces es necesario también tener esa chispa de suerte.

CAPÍTULO DOS

Las semanas de embarazo fueron poco a poco transcurriendo, y cuando llegó el momento de ir a ver a la familia, los dos estábamos un poco nerviosos. Aunque todo había ido bien desde que conocíamos el embarazo, ese viaje de vacaciones a España lo cambiaría todo. Oslo-Londres-Madrid-A Coruña. El trayecto ya suena de por sí a viaje largo y pesado, y tanto que lo fue, jamás repetiríamos ese itinerario.

María empezó a marearse y a vomitar en el avión despegando de Oslo y continuó prácticamente todo el vuelo hasta que llegamos a Londres. Ese día, además, era la inauguración de los Juegos Olímpicos de Londres 2012, así que todo fue más difícil. Hubo controles por todas partes en los aeropuertos, y muchas colas que esperar. Una vez ya en el avión con destino Madrid, se puso otra vez mala en el despegue y así siguió durante todo el vuelo. Ya en la terminal de Madrid la cosa fue un poco mejor, pero yo estaba muy preocupado, tenía una sensación de impotencia muy grande, y ella encima rehusaba tomar cualquier medicina por miedo a que fuese mala para el bebé. ¿Qué hacer? Lo único que podía